

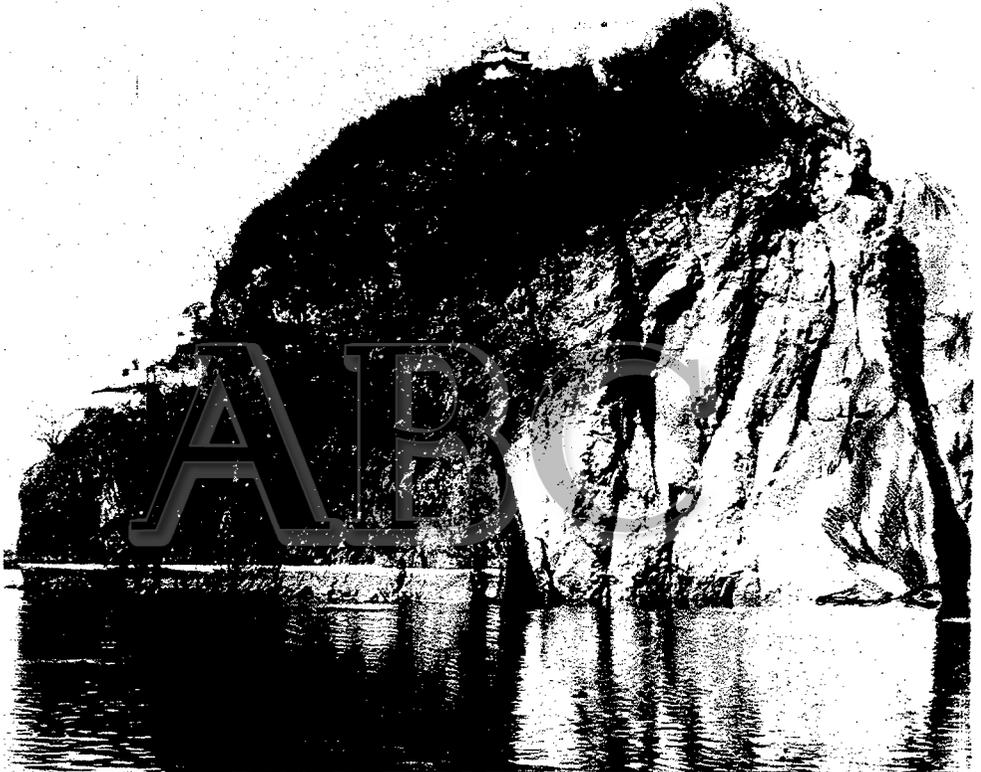
Blanco y Negro

REVISTA ILUSTRADA

AÑO 35

MADRID 6 DE SEPTIEMBRE DE 1925

NUM. 1.790



EL FAMOSO Y PINTORESCO TEMPLO DE LA LLUVIA, EN SUN-CHUN

¿Vísperas de otra gran guerra?

CHINA Y LOS CHINOS

POR CRISTOBAL DE CASTRO

Otro gigante en pie.

SE acuerdan ustedes, cuando la gran guerra, del famoso "rodillo ruso"? Todo eran cuchufletas y vayas. Tanto anunciar que aplastaría a los alemanes para luego traicionar a los aliados y firmar la paz de Brets-Litosky. ¡Por vida del "rodillo"! Por supuesto, ¿qué se iba a esperar de Rusia, país inculto, de varios millones

de kilómetros y de muchos millones de habitantes; pero sin escuelas ni maestros, etcétera, etc.?

Y algunos maestros de escuela, de los que se llaman publicistas porque se pegan a los periódicos como lapas, nos aburrieron con la resobada frase de Fitché: "En Sedán no triunfó el fusil de aguja, sino el maestro de escuela." Y luego de volcar así toda su fatua y pobre pedagogía, anunciaron que

Rusia sería "la eterna esclava de Europa", "el gigante encadenado", etc., etc. Efectivamente. Al poco tiempo, los Soviets, Lenin, las veintiuna Repúblicas federadas, el gigante en pie...

Pues con China está ocurriendo lo propio. "¿El peligro amarillo?" Un tópico grotesco. Once millones de kilómetros cuadrados. Y ¿qué? ¿Hay escuelas? ¿No? Pues, entonces... Quinientos millones de habitantes. ¿Estudiaron lógica fundamental? ¿No? Pues ya puede reírse Europa.

Efectivamente. Al poco tiempo los sucesos de Shangai, de Hong-Kong, de Nankín, de Pekín, de Cantón, Inglaterra, enviando buques. El Japón, activando tropas de mar y tierra. Huelgas y manifestaciones en toda China. Asaltos de las Legaciones chinas en París, Berlín, Londres por comunistas chinos. Manifiestos de Ligas de estudiantes chinos. Concentración de tropas chinas. Y nuestros publicistas de pan llevar leyendo telegramas y rascándose la cabeza:

—¡Demonio! ¡Otro gigante en pie! Y, como Rusia, sin escuelas ni maestros...

El Emperador proclama la República.

Todo el secreto eslavo está en el grito de Lenin ante los 500 delegados panrusos del Palacio de Táurida:

—Europa ha muerto. ¡Viva Asia!

Días después, a este conjuro antieuropeo, se federaban las veintiuna Repúblicas soviéticas.

Análogamente, todo el milagro de impulsar como a un solo hombre a 500 millones de chinos nace del día en que el dictador Yuang-Shi-Khai, presidente de la República del Norte, y el doctor Sun-Yan-Sen, presidente de la República del Sur, se abrazan en Cantón, gritando:

—¡China está unida! ¡China se impondrá al mundo entero!

(Dentro del puritano Sun-Yan-Sen, como dentro del déspota Yuang-Shi-Khai, latían los aullidos tártaros de Genkis-Kan y su horda, alanceando a los boyardos.)

A partir de ese día, el movimiento nacional recorre su órbita en las tres jornadas complementarias: Revolución, Reacción, Unión.

La Revolución —según ha contado estos días en el *Corriere della Sera* Carlos Sforza, testigo presencial y consejero áulico, por su calidad de último representante de Italia en la Corte Imperial—, la Revolución se produjo por las luchas armadas entre Norte y Sur, que enseñorearon el bandolerismo y la anarquía; por el descontento de los estudiantes que volvían de Europa y se indignaban del atraso de su país; por la relajación de toda autoridad. "Muchas inclinaciones —dice Sforza—, y luego cada cual hacía lo que le daba gana."

Y un buen día Pekín, absorto, leyó este inesperado, singularísimo, maquiavelísimo

decreto imperial: "Ordenamos que desde hoy China sea República."

"Cuando el truhán Yuang-Shi-Khai —comenta el diplomático italiano— fué llamado a la Corte, en 1911, para restablecer el orden, mantuvo por espacio de un año la doble jugada: dividir a sus enemigos y erigirse emperador, o, en su defecto, proclamar la República."

Por fallar lo primero hubo de apechugar con lo segundo. Proclamó la República, repartió cargos y mercedes, se fué adueñando de los hombres y se convirtió en dictador. Disolvió el Parlamento, desterró a los diputados de oposición, armó en corso a los pretorianos. Y entre tanto mantuvo al joven Emperador prisionero en la Corte, como un rehén extraordinario y cotizable. La dictadura y sus abusos promovieron una reacción enorme. Los "puritanos" se lanzaron a la rebelión. Hubo, según tradición china, bandidos famosos que, al frente de verdaderos Cuerpos de Ejército, con ametralladoras y hasta con cañones, iniciaron la guerra civil. Durante siete u ocho años lucharon Norte contra Sur con verdadera furia.

Al cabo, Sun-Yan-Sen, espíritu de filósofo, fina capacidad política, dió los primeros pasos hacia la unión, hacia la paz. Y, abrazando en Cantón al déspota, preparó el advenimiento de la nueva China.

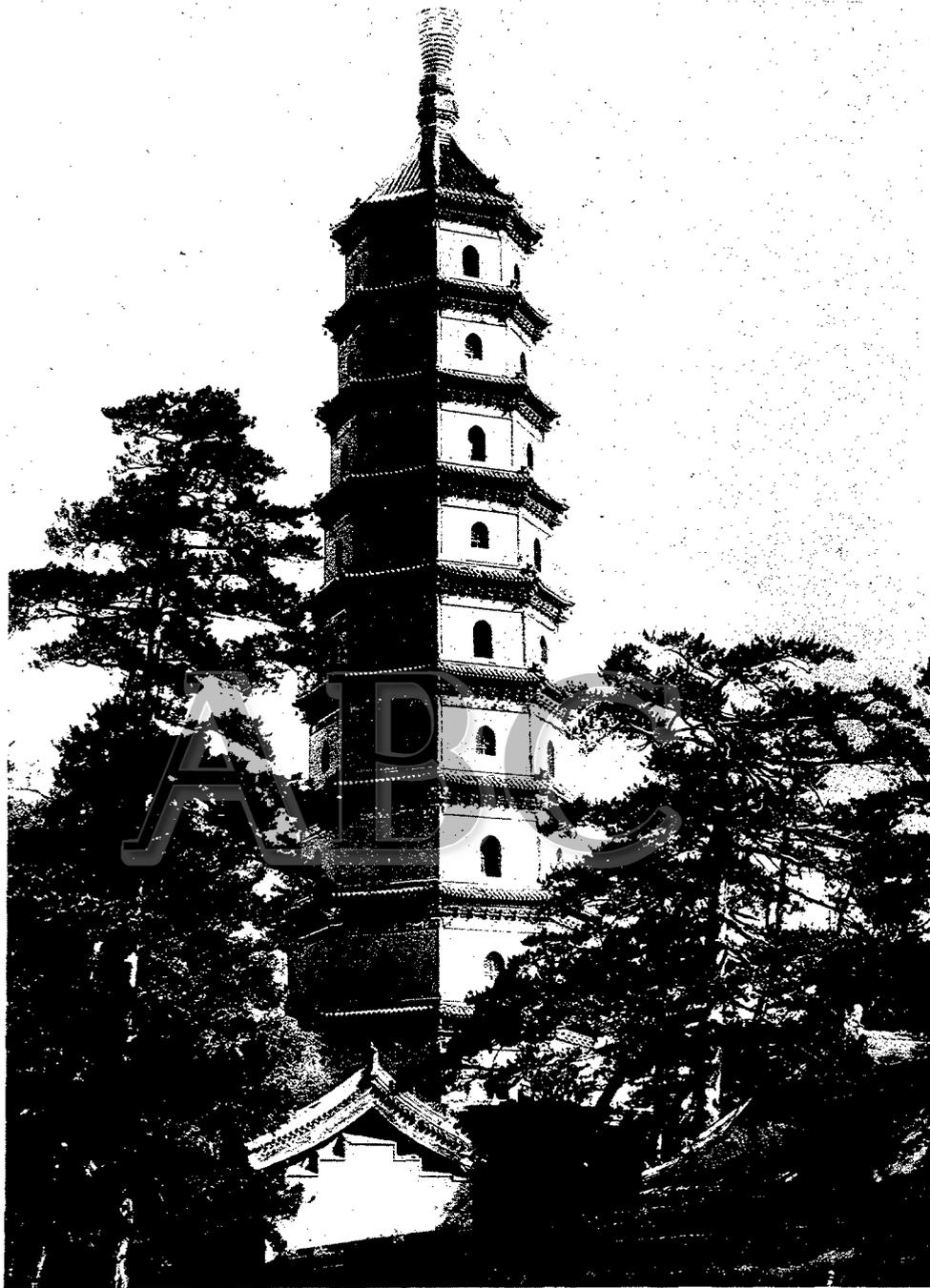
¡Veinte horas de trabajo diario!

La unión fué recibida con gran júbilo. Estaba en el ambiente. Era, como ha dicho Borel (*The New China*; London, 1918), una necesidad nacional. Normalizado el orden público, restablecido el Parlamento, en función activa los partidos, la Prensa, los mítines, surgió, como una aspiración popular, "la emancipación de la tiranía extranjera".

Pero esta tiranía, más que política, económica, acentuada en los años últimos por la codicia de banqueros e industriales ingleses y japoneses, fué creando fermentos de odio, cuyos gérmenes producían esas agitaciones societarias, que han culminado en los sucesos de Shangai.

"En torno a Shangai, junto al hogar de Sun-Yan-Sen —comenta Sforza—, prende la tea revolucionaria. He aquí algunos datos elocuentes. Los niños trabajan encerrados en talleres infectos, a una temperatura, que durante seis meses es de fuego, ¡desde las seis de la mañana a las ocho de la noche! Los hombres permanecen en las minas, debajo de tierra, ¡más de veinte horas diarias! No se descansa ningún día. Y los trabajadores, alimentándose con puñados de arroz, tienen jornales equivalentes ¡a media lira!, mientras los grandes industriales europeos reparten dividendos del 30 y del 40 por 100."

¿Será necesario añadir que Karachán, enviado bolchevique, aprovechó tan felicitosas circunstancias? La propaganda co-



JEHOL. TORRE DEL GRAN TEMPLO, EN LA MISTERIOSA CIUDAD CHINA

munista prendió entre los obreros chinos como mecha en pólvora. En pocos meses fué Shangai una sucursal de Moscú.

La explosión.

Carlos Sforza da la clave. En Shangai, en la zona que se llama "internacional", y

que es en realidad un trozo de la "vieja Inglaterra", existe un Gobierno minúsculo, "sin otro precedente en el mundo que la comunidad internacional de Naukrati, en Egipto, según la describe Herodoto".

Pues en Shangai el Concejo local (Municipal Council) propuso la rebaja de ho-



INFANTERIA CHINA CRUZANDO UN PUENTE DE BAMBU CONSTRUIDO EN MUY POCAS HORAS

ras en el espantoso trabajo obrero. Pero, según la ley, esta proposición necesita el placet de los contribuyentes europeos. Y los contribuyentes europeos, eludiendo asistir, hicieron la mejora imposible. Subsistían, pues, las veinte horas diarias de trabajo, los dividendos del 40 por 100, la tiranía, la inhumanidad. Y, claro, vino la explosión. Los agentes de Karachán, poniendo en línea de combate mítines, asambleas, manifestaciones, folletos, periódicos, huelgas, lanzaron a las irritadas multitudes contra la zona internacional.

Al grito de "¡Mueran los europeos!", el

populacho asaltó tiendas, saqueó hoteles, incendió almacenes y fábricas. Hubo concentración de buques, desembarco de tropas, tiroteo. La calma se restablecía cada noche para extinguirse cada amanecer con nuevos ataques. Y así días y días, semanas y semanas. ¿Hasta cuándo? ¿Quién sabe! Lo único que se sabe de cierto es que la paz reina en Varsovia, digo, en Shanghai...

Historia de la guerra

(FOTOS MARIN)

